

Los días pasaban y el visitador nada podía avanzar en el proceso; se había cateado y registrado escrupulosamente la casa del Cristo, en que Don Baltasar de Salmeron había dicho que se reunían los conjurados, y aquella casa se había encontrado desierta.

El visitador se resolvió á consultar el negocio con el virey, y aprovechó un momento en que el marqués parecía estar mas desocupado para hablarle.

—Hállome—dijo el visitador—en un lance tan difícil, que he creído necesario consultar á V. E. para buscar en su prudencia un consejo.

—¿Qué acontece á su señoría?—preguntó el virey.

—Tengo en cárcel segura á Don Leonel de Salazar y á la dama que dice llamarse Doña Catalina de Armijo, denunciados por Salmeron como los principales en la conspiración de los criollos.

—Lo sabía yo, y creo que con esto ya su señoría puede decir que lo sabe todo.....

—Esto es precisamente lo que me desespera. Hace ya varios días que están presos, se han practicado varias diligencias, y sin embargo, preciso será confesarlo á V. E., ni de sus declaraciones, ni de ninguna de las diligencias, por mas que mi mayor empeño he puesto en ello, brota ni la mas pequeña claridad, ni el menor indicio, ni nada que guiarnos pueda en este laberinto, en el que no tenemos mas que las denuncias de Salmeron.

—Quizá mas adelante.....

—Lo juzgo imposible; se ha hecho un registro escrupuloso en todas las casas indicadas por Salmeron, y nada. Una de dos cosas suceden: ó la denuncia es falsa y calumniosa, lo cual no creo, ó los culpables han tenido aviso y tiempo para ocultar todos los indicios de su delito, y para

ponerse de acuerdo en sus declaraciones, caso de que pudiera haberse descubierto algo por la justicia.

—Eso me parece mas probable. ¿Pero cómo podían saber lo que aquí se trataba?

—Eso me parece lo mas fácil. Recuerde V. E. á Benjamin, el ayuda de cámara de S. E.

—Y cómo no! Valiente tuno, que me ha saqueado en cuatro días el palacio, como pudiera haberlo hecho una partida de los bravos marinos del príncipe de Nassau en ocho.

—Pues como debe suponer V. E., no es ese su único delito, sino que ejercía además aquí el papel de espía de los conjurados, y esto se confirma con los dichos de Don Baltasar de Salmeron.

—Efectivamente; pero ahora ¿qué remedio? Lo que pasó, pasó, y debo, en honor de la verdad, confesar á su señoría que siento lo ocurrido, porque ese perillan me hace gracia.

—No se le puede negar que es hombre de ingenio.....

—Y mucho.

—Pero ahora vamos á lo que quería consultar con V. E.

—Y es verdad; dígame su señoría.

—Don Leonel y esa dama siguen en prision, pero esto no puede prolongarse así por mas tiempo; si inocentes son, yo no debo mantenerlos injustamente presos, y si culpables, como nada se les puede probar, están en el mismo caso que si no lo fueran. Ahora en lo que quisiera saber la opinion de V. E., es en si seria peligroso para la pública tranquilidad el encarcelamiento de Don Leonel y de la señora.

—Hum!—dijo el virey—la cosa es grave.

—Grave es en efecto, porque de un lado tenemos nuestra obligacion con S. M. de la guarda de estos sus reinos, y

de la otra nuestro juramento de administrar recta y cumplida justicia.

—Podría tomarse un término medio.

—¿Cuál?.....

—Que su señoría dispusiese que la dama se pusiera en libertad luego, por respeto á su sexo y su debilidad, y en cuanto á Don Leonel, que quedara en guarda hasta practicar algunas mas averiguaciones.

—Paréceme tanto mas prudente la resolucion de V. E., cuanto que en la dama he reconocido un fondo de franqueza y de verdad tan claro, que nunca se niega á contestar á lo que se le pregunta como el Don Leonel, ni hay en sus respuestas contradicciones ni reticencias.

—Alégrome entonces de haber dejado satisfecho á S. E.

—Y tanto, que ahora mismo voy á hablar con la dama y á ponerla en libertad, y con el permiso de V. E. me retiro.

—Puede hacerlo su señoría.

El visitador se dirigió á la prision de Doña Catalina.

A pesar de los miramientos con que el visitador habia dispuesto que se la tratara, la madre de Catalina estaba en una situacion bien triste.

Como nadie de su casa habia procurado buscarla, la vieja Doña Catalina vestia aún el mismo traje de gala con que habia salido de la casa de Don Pedro: pero como en la prision no tenia ni cama ni sillas, sino un miserable *petate*, aquella ropa estaba sucia, ajada y rota en algunas partes. Doña Catalina estaba pálida y casi enferma.

Habia contestado la verdad en sus declaraciones, porque en efecto, ella nada sabia de la conspiracion ni de los planes de Don Leonel de Salazar ni del Padre Alfonso.

Cuando el visitador penetró, Doña Catalina estaba sentada en el suelo.

—Dios os guarde, señora—dijo el visitador.

—Lo propio deseo á su señoría—contestó.

—Vengo á deciros que puesto que nada hay contra vos ni nada puede averiguarse, libre sois para poder ir adonde mejor os parezca.

—Tardía en verdad es vuestra justicia—contestó Doña Catalina con una amarga sonrisa.

—No es en verdad por mi culpa, que mi mayor deseo ha sido no causaros molestia de ninguna clase.

—Y á fe mia que su señoría lo ha conseguido; me habeis arrancado de mi casa, tenido en prision, registrado mi cuerpo por ver si tenia una mancha roja en la espalda, tomádo-me muchas declaraciones, y el dia que mejor os dió gana, me decís con gran donaire: «libre sois, y podeis retiraros.» ¿No piensa su señoría lo que diria S. M. al saber cómo se administra justicia en su reino y cómo se trata á damas tan principales como yo?

—Señora—contestó algo amostazado el visitador—si así agradeceis el empeño que por vos tomo, siento no haberlo sabido desde antes; pero os aconsejo como mas prudente que en vez de procuraros nuevos disgustos con la justicia, salgais aprovechando nuestro favor.

—Valiente favor! y valiente consejo! Sin embargo, le tomo, que inútil seria lo demas: ¿dió su señoría orden para que no se me detuviera en la salida?

—Podeis hacer la prueba cuando gustéis.

—Entonces ahora mismo, que no me siento aquí nada contenta.

Y Doña Catalina, tomando el manto mismo que para venir le habia servido, se envolvió en él, y salió sin despedirse del visitador.

—Gente ingrata é indomable son estos criollos—dijo él

siguiéndola;—no merecen lo que se hace por ellos; pero si no fuera porque es necesaria la prudencia, yo les enseñaría cómo deben manejarse.

Cuando llegó á la puerta de la cárcel, ya Doña Catalina habia salido, y como ésta ignoraba lo acontecido en su casa con su hija, se dirigió para la calle de Ixtapalapa.

Don Pedro por una casualidad la vió venir, y comprendió por su traje que acaba de salir de la prision y que no sabia la fuga de Catalina; creyó que esto era para él un acontecimiento feliz y se dirigió á su encuentro.

La vieja le vió venir y le reconoció al punto; estaba indignada por la escena que habia comenzado á presenciar la noche del matrimonio de Don Pedro; pero como no pudo ver el desenlace de aquella escena, y conocia el carácter poco escrupuloso de su hija y la libertad de sus costumbres, se le figuró que Don Pedro y Catalina se habian arreglado, y mas teniendo por intermedio á Don Alonso. Esta solucion le parecia á la vieja la mas oportuna y la mas conveniente.

Don Pedro se acercó á ella triste, y ella le recibió con la fisonomía mas franca y mas alegre.

—¡Cuánto gusto tengo—díjole Don Pedro—de volver á veros!

—Como que á milagro puede tenerse, que así anda en esta tierra la justicia de S. M.

—Paréceme, señora, que en efecto se os ha tratado como no merecis.

—¡Oh! ¿qué me decís de mi hija?

Aquella pregunta así, tan indiferente, aquel aire de menosprecio, para un acontecimiento como era el de la prision, para una dama de entidad, comenzaron á chocar á Don Pedro, que aunque no era hombre de gran talento, estaba

acostumbrado al trato de las señoras mas principales de la ciudad.

—¿Quereis pasar á mi casa, y hablaremos?—dijo Mejía sin contestar directamente á la pregunta de Doña Catalina.

—Supongo que mi hija estará allí.

—Por ahora no.

—¿Cómo es eso?

—Os suplico que entreis, porque muchas cosas tengo que deciros.

—Vaya pues.

Y Don Pedro la condujo hasta una de las salas de la casa.

—Tomad asiento, señora, que aquí podemos hablar.

—Decid, que os escucho con atencion.

—¿Recordais cuanto pasó la noche desgraciada de mi enlace con vuestra hija?

—Sí, hasta el momento en que la justicia vino por mí.

—Bien; pues apenas habiais salido, vuestra hija se levantó y salió tambien sin decirme una palabra, se fué para su casa; seguila para satisfacerla y pedirle perdon de lo acaecido, en lo que yo no tenia la culpa, y me arrojó de su presencia.

—¡Qué tontera!—exclamó Doña Catalina, pensando quizá en las ventajas que podia haber sacado de Don Pedro en aquellas circunstancias.

—Salí desesperado, pensaba en la muerte, en la locura, yo no sabia lo que por mí pasaba; Don Alonso de Rivera se compadeció de mí y volvió á la casa; pero vuestra hija habia desaparecido, saliendo, segun dijo un portero, con un hombre embozado.

Cuando Don Pedro esperaba que el asombro, el dolor, la indignacion, se pintaran en el rostro de aquella mujer al escuchar la noticia de la desaparicion de su hija, y que sollo-

zos y lágrimas fueran la expresión de sus sentimientos, con el mayor espanto la miró permanecer tranquila, mover la cabeza, y hasta con cierta especie de sonrisa decir únicamente:

—Y es capaz de todo eso; así es ella.

Como una niebla que disipa el viento y deja ver puro el sol y claro el paisaje que ocultaba, así se corrió á los ojos de Mejía el velo que le habia cegado; aquellas palabras hicieron brotar en su cerebro un mundo de ideas, que antes le hubieran parecido absurdos y quimeras.

Comprendió qué clase de hija seria aquella de la que una madre se expresaba así; comprendió cuáles serian las costumbres y los antecedentes de una familia en la que así se recibia la noticia de un hecho tan escandaloso.

Don Pedro no tuvo ni qué decir: aquel descubrimiento helaba su sangre, y sin embargo, sintió que su amor y sus deseos se encendian mas, porque la mujer que habia creído lejos de sí, la sentia acercarse repentinamente hasta el alcance de su mano.

—Supongo—dijo Doña Catalina—que perdonareis esta falta de mi hija: es tan jóven, le falta la experiencia, y luego que sin mí no sabia ni qué hacer.

—En efecto—contestó Mejía.

—¿Y sabeis adónde está?

—Lo ignoro completamente.

—Yo la encontraré, y creo que no tendreis dificultad en recibirla.

Don Pedro estaba asombrado de aquel cinismo.

—Señora, podeis buscarla y decirla que siempre seré para ella el mismo, si ella es la misma para mí.

—Pues de encontrarla tengo; entretanto, viviré como antes, en la casa de enfrente.

—Y contad para todo conmigo.

—Gracias; os aseguro que pronto encontraré á mi hija. La vieja se despidió y salió satisfecha de la conferencia, aunque disgustada de la conducta de Catalina.

Don Pedro quedó sin explicarse lo que sentia, si era el amor á la que él conocia por Estela, ó era el desprecio hácia aquella familia; si era la tristeza de haberla perdido, ó la de volver á encontrarla ya sin el velo misterioso que la rodeaba.

Pensaba en esto cuando oyó detrás de sí un ligero ruido y volvióse á ver quién era.

La negra habia entrado y se colocaba en un sitio; Mejía contempló un momento aquel rostro estúpido, y luego exclamó con cierto aire de resignacion:

—Sea esta mujer Luisa ó no lo sea, no me conviene ya aclarar este misterio; lo que ayer era para mí una desgracia, quizá sea hoy una fortuna: ya veremos.

Garatuza penetró entre aquella multitud, buscando á su vez algun vestigio, procurando alguna noticia, pero nada; ni quien se hubiera tomado el trabajo de informarse de la suerte de los moradores de la casa.

Un hombre estaba inclinado examinando los restos de un volumen en folio que habia sobre un monton de tierra; Garatuza estaba cerca de él, y quiso probar fortuna por si acaso él sabia algo, y le habló.

El hombre volvió el rostro, y poco faltó á Garatuza para gritar: era Don Baltasar de Salmeron.

Si Martin era astuto, Don Baltasar no le iba en zaga, y uno y otro se conocieron y procuraron mutuamente engañarse, y lo consiguieron.

Martin preguntó candorosamente y Salmeron le contestó con ingenuidad: nada sabia.

—No me ha conocido—pensó Martin.

—No me ha conocido—pensó Salmeron.

Martin procuró escurrirse por un lado para escapar, mientras que Salmeron procuró ocultarse para observarle, mandando luego pedir auxilio para aprehenderle.

Pero en aquel dia la suerte estaba contra Martin, y muy á mano se encontró Salmeron á los alguaciles, que antes de caminar dos calles echaron la garra á Garatuza, que en medio de los corchetes y con un taje semiclerical hizo su entrada solemne á la cárcel.

Don Baltasar ocurrió inmediatamente á pedir una audiencia al virey; esperó mas de dos horas en la antesala, pero al fin consiguió ser recibido.

—Señor Excmo.—dijo haciendo una profunda reverencia—vengo á participaros una noticia que no deja de tener importancia.

—¿Qué ocurre?

XII.

De cómo á un hueso y á un sombrero puede un hombre deberle la vida y la libertad.

AL siguiente dia del incendio de la «casa colorada» Martin tomó uno de tantos disfraces, y determinó salir á la calle en busca de noticias del Padre Salazar y de Doña Juana, porque no creia que ésta hubiera perecido: como Doña Esperanza se habia salvado y todos la creian muerta, así podia haber acontecido con Doña Juana.

Además, Martin tenia otra razon para buscar á la señora Carbajal, y era que Doña Esperanza estaba verdaderamente loca, queriendo salir en busca de su madre y sin encontrar consuelo en nada.

Martin tenia buen corazon, y el estado de Doña Esperanza le afectaba profundamente; así que apenas fué de dia claro, tomó su sombrero y se encaminó á la calle de las Canoas.

La «casa colorada» presentaba un espectáculo bien triste; ruinas humeantes y ennegrecidas, algunas paredes en pié, con ventanas cerradas que por casualidad habia respetado el fuego; muebles rotos, baúles, cajones y hasta ropa; y luego multitud de gentes que rascaban y que apartaban los escombros buscando algo que aprovechar, algo que llevarse.

—Con el oportuno auxilio de cuatro alguaciles, he logrado poner en segura prision al hombre que ganando la confianza de S. E., descubrió los secretos de palacio á los enemigos de S. M. y logró interceptar las denuncias que hice á S. E.

—Buena presa, buena presa: ¿y en dónde está el perillan?

—En la cárcel, Excmo. señor, á las órdenes de V. E.

—Magnífico; esta noche misma iré á examinarle yo personalmente, porque es una pieza el tal Benjamin que ya....

—¿Quiere V. E. que dé alguna orden en la cárcel?

—Sí, tomad:—el virey escribió.—Esta es la orden para que esta noche á las ocho me traigan aquí á ese maula.

—¿La entregaré al alcaide?

—Sí, y mañana tendreis cuidado de venir á verme.

Don Baltasar hizo una gran reverencia y se retiró á llevar la orden del marqués.

Poco antes de las ocho el virey y el visitador estaban reunidos en una estancia de la habitacion particular de S. E.: aquella estancia tenia dos puertas, una que conducia al interior de las habitaciones, y la otra á las ante-alas del Palacio.

S. E. y el señor visitador estaban sentados en dos sitios, y tenian delante una gran mesa sobre la que ardian dos bujías de cera, colocadas en dos magníficos candeleros de plata.

—¿Cree S. S. que no podrá sacarse nada del tal Benjamin?—decia el virey.

—Difícultolo mucho—confesó el visitador, que trazas tiene de muy listo y entendido.

—¿Ni con amenazas?

—Es el peor camino que pudiera escogerse, que bien creo que si algo se consigue, será por la dulzura; y diré mas á S. E., que si ese hombre se docilitara, ninguno como él podría hacer grandes revelaciones.

—Probaremos.

—Pruebe la dulzura S. E., que si no produce el efecto que espero, tiempo quedará para el rigor.

—Creo que llega nuestro hombre, porque oigo ruido en la antesala, y acaban de sonar las ocho.

En efecto, anunciaron á S. E. que el alcaide de la cárcel con una ronda, traia al hombre que S. E. habia pedido.

—Decid al alcaide que pase.

El alcaide se presentó haciendo grotescas reverencias.

—¿Viene ese hombre amarrado?—preguntó el virey.

—Sí, Excmo. señor.

—Le hareis quitar las ligaduras.

—Sí, Excmo. señor.

—Luego hareis que entre solo, pero cuidando de registrar que no traiga arma oculta.

—Sí, Excmo. señor.

—Despachad.

Aquí el alcaide hizo otras mil reverencias y salió: pocos momentos despues entró Martin con un aire contrito, y llevando en la mano un ancho sombrero de palma. Parecia el ser mas humilde y mas inofensivo de la tierra. Al entrar volvió á cerrar la puerta de la antesala.

—¡Hola!—dijo el virey;—mira qué humildad y qué cara de santo pones: acércate.

Martin obedeció, y quedó separado del virey y del visitador por la mesa sobre la cual ardian las dos bujías.

—¿Conque tú—continuó S. E.—te has burlado de mí, has robado en palacio, y has vendido los secretos del gobierno á los enemigos de S. M.?

—Señor.....—dijo Garatuza.

—Bien mereces un ejemplar castigo y que te mande ahorcar en medio de la Plaza Mayor.

Garatuza inclinó la cabeza; pero sus ojos centellantes examinaban toda la habitacion.

—Solo un modo hay para que te libres del patíbulo que te espera: ¿quieres escapar de la horca?

—Con mucho gusto, Excmo. señor.

—Pues confiesa.

—¿Qué he de confesar?

—Ante todo, ¿cómo has hecho para escapar hasta hoy de la justicia?

—Señor.....

—Confiesa.

—Y si le muestro á V. E. el cómo, ¿no tendré funestos resultados?

—No.

—¿De veras, Excmo. señor?

—Vamos, te empeño mi palabra.

—Pues va á ver V. E., y lo hago todo con su permiso.

Garatuza entonces se caló sin ceremonia el sombrero, apagó violentamente las dos bujías que daban luz á la pieza, y echó á correr por la puerta que conducía al interior de las habitaciones, cerrándola por dentro.

Tan rápidos y tan inesperados habian sido aquellos acontecimientos, que S. E. y el visitador quedaron por algunos instantes estupefactos.

El virey fué el primero que ocurrió á tocar la campanilla para llamar; pero su mano tropezó con los candeleros y no pudo encontrar lo que buscaba: gritó entonces, pero en la antesala creian que regañaba á Martin, y nadie acudió. Entonces el virey y el visitador determinaron levantarse y llamar á los alguaciles.

Pero la oscuridad de la cámara era tan densa, que varias veces uno y otro se encontraron sin dar con la puerta;

el virey reia con todas sus ganas, y el visitador echaba espuma de la cólera.

Los alguaciles y los criados y todos entraron en persecucion de Garatuza; pero cada puerta era un nuevo obstáculo, porque Martin habia cuidado de ir las cerrando todas.

Garatuza llegó por el interior de Palacio hasta una escalerilla que conducía á la azotea; estaba cerrada, pero la llave estaba allí, y Martin logró abrirla, y sintió el aire de la noche y se encontró en los terrados.

Comenzó á correr por allí buscando el lugar en que los techos estuvieran á menos altura de la calle para dejarse caer. Una tapia con una puertecilla débil se interpuso en su marcha; Martin no llevaba ni puñal, ni daga, ni otra cosa con que forzar la cerradura; buscó á tientas, y ayudándose algo con la escasa claridad de las estrellas, su fortuna le depa-
ró un hueso. No era exactamente lo que necesitaba, pero ya era mucho para su situacion.

Martin rompió la puerta con el hueso, y logró pasar; ya era tiempo, porque á lo lejos miró en las azoteas el brillo de los farolitos de los alguaciles.

Habia llegado Martin hasta un lugar de donde no le era posible pasar; allí, como un precipicio, estaba la calle que formaba la espalda del Palacio.

Midió con los ojos la distancia que le separaba del piso de la calle, y se decidió.

Martin habia andado bastante entre la gente perdida, para no saber lo que se hace en caso semejante, con objeto de procurar una caída suave disminuyendo la velocidad.

Sin conocer las causas fisicas, sabia preparar los efectos.

El muro por aquel lado estaba enteramente plano; no habia cornisa, ni ventana, ni moldura que interrumpiera hasta el cimiento su tersa superficie.

Martin se colocó en el bordo, tomó entre sus dos piés la copa de su sombrero, quedando el ala tendida bajo sus puntas, se suspendió con la mano izquierda mientras que con la derecha sujetaba como un puñal el hueso que habia encontrado en la azotea, y le apoyó fuertemente contra la pared.

Entonces se desprendió.

Como era natural, el sombrero hacia el efecto de un paracaídas, y el rozamiento del hueso contra el muro disminuía un tanto la velocidad de la caída, y le servia al mismo tiempo para conservar la posición vertical y aprovecharse del auxilio que le prestaba el aire oprimido por el sombrero.

Era seguro que ni Garatuza, ni los truhanes que le habian enseñado aquellas cosas, sabian el por qué; pero era un método que siempre les habia dado buenos resultados, y esto era bastante; y merced á estas precauciones, Martin llegó á tierra con felicidad.

El sacudimiento de la caída lo desconcertó por un momento; pero á poco se repuso, tomó su sombrero, se lo puso y echó á correr.

Desgraciadamente la alarma habia cundido á la calle, y los farolillos de los alguaciles y de las rondas comenzaban á lucir en las calles vecinas á Palacio.

Martin tomó sin intención la primera salida que se le presentó; pero á pocos pasos un hombre se destacó de una puerta, y tendiéndole una lanza, le gritó con voz estentórea:

—Alto y téngase á la justicia.

Era un alabardero; Martin comprendió que cualquiera vacilación podia perderle, y determinó jugar el todo por el todo; se quitó rápidamente el sombrero con la mano izquierda, y sirviéndose de él como de una adarga, apartó el arma que

le amenazaba, y con el hueso que aun no habia soltado, dió con la diestra tal golpe al alabardero en la cabeza, que le dejó privado de sentido.

Saltó sobre el cuerpo de aquel infeliz y siguió corriendo.

Los alguaciles venian ya muy cerca, y Martin, fatigado ya, percibia cada vez mas cerca el ruido de sus pasos.

Estaba ya exánime cuando volvió una esquina y oyó el ruido de un chorro de agua que caía de una de esas fuentes que habia incrustadas en las paredes, de las que aun se conservan algunas, y que forman una especie de grutas en las calles.

Una idea súbita alumbró á Martin, y tan rápida como ella fué la ejecución.

Arrojó hácia adelante el sombrero con todas sus fuerzas, luego el hueso, y se metió dentro de la fuente.

La noche estaba oscura y los perseguidores no pudieron ver á Martin que se ocultaba, pero oyeron á lo lejos el ruido del hueso que iba rebotando sobre las piedras.

—Ahí va—dijo uno.

Y todos siguieron corriendo. Martin, temblando de frio, los sintió pasar á su lado y se sumergió mas; cuando ya no habia ninguno, sacó la cabeza y escuchó.

Habian encontrado su sombrero.

—Es seguro que por aquí pasó—decia uno—que aquí ha dejado el sombrero.

—Entonces debemos buscarle por aquí—contestaba otro.

—Por aquí no—replicó el que habia hablado primero;—si esta prenda se quedó aquí, el dueño debe ir adelante; el sombrero debe habersele caído en la carrera, y no habia de adelantarse; que lo que se tira en una fuga queda siempre atrás y no adelante.

—Razon teneis de sobra; soy un tonto.

Martin los vió alejarse rápidamente, y salió escurriendo agua de su escondite.

Procuró tomar entonces una direccion opuesta á la de la ronda, sacudiéndose para secarse, y dando rodeos por las calles, de manera que si por desgracia seguian el rastro del agua, no diesen con él.

Cuando estuvo seguro de que ya no se desprendian gotas tan gruesas y tan abundantes de sus ropas, se dirigió á su casa, y llegó en los momentos en que menos le esperaba la pobre muda.

Martin se desnudó con tanta tranquilidad como si nada le hubiera pasado, y á poco rato dormia como si no le anduviesen buscando las rondas por toda la ciudad.

XIII.

De lo que Martin, Don César y Teodoro acordaron respecto de Doña Esperanza, y de lo que habia pasado á Doña Catalina.

Las pesquisas fueron inútiles para encontrar á Garatuza; el virey se contentó con prevenir á la justicia que procurase su aprehension, y Martin para no tener un mal encuentro, determinó permanecer oculto en su casa.

Doña Esperanza habia quedado sola sobre la tierra y comprendió por fin su situacion y la muerte de Doña Juana, á pesar del cuidado que por ocultarla tuvo Martin.

Si Leonel no hubiera estado preso, quizá Esperanza no hubiera sentido tan absoluto su aislamiento; pero no sabia mas de él sino que continuaba en desgracia, y esto aumentaba lo profundo de su pena.

Martin se resolvió una noche á salir para ir en busca de Teodoro; era el único de sus amigos en quien tenia plena confianza, y el único capaz de darle sus consejos y valerle en algo.

Teodoro recibió á Garatuza con el mismo cariño de siempre, y éste le contó los últimos acontecimientos de su vida. Teodoro le escuchó hasta el fin.

—¿Y qué pensais hacer ahora?—le preguntó.

—En cuanto á mi persona, ya Dios dirá; pero he aquí que tengo otra cosa de mas importancia que me aflige en estos momentos.

—¿Y qué cosa es esa?

—¿Sabeis que se incendió la «casa colorada?»

—Sí, la de la calle de las Canoas.

—Exactamente: pues bien, esa casa pertenecía á Doña Juana de Carbajal, que en ella vivia con su hija.

—Sí.

—Doña Juana pereció entre las llamas, yo logré salvar á la jóven y está en mi casa; pero ha quedado sin tener en el mundo persona á quien volver sus ojos.

—Oh! si eso es todo, ya sabeis que mi casa y mi persona pueden servir de algo; no soy muy rico, pero en fin.....

—No, Teodoro, no es precisamente eso de lo que se trata: voy á contaros parte de un gran secreto, con el designio de que me ayudeis, que se trata de una buena obra.

—Bien, decid.

—Doña Esperanza, que así se llama la jóven de que os hablo, es hija de Don Pedro de Mejía.

—¿Hija de Don Pedro?

—Lo sé de una manera indudable; es su hija, y mi gran empeño es obligarle á reconocerla, porque esa jóven debe y merece ser la heredera de Don Pedro.

—Ciertamente.

—Pero esto importa prepararlo y ejecutarlo pronto.

—Tan pronto, que segun me ha referido Don César, á consecuencia de todo lo acontecido, Don Pedro ha comenzado á enfermarse seriamente.

—Pues entonces la cosa importa mas de lo que yo pensaba. ¿Qué os parece?

—Páreceme que ante todo consultemos con Don César

de Villaclara, que está mas al corriente de lo que ocurre en la casa de Mejía.

—Los tres podremos coordinar mejor nuestro plan; pero hay el inconveniente de que yo no puedo sin peligro salir con frecuencia á la calle, por lo que os llevo referido.

—Esa es cuestion de poco momento, que yo tengo de buscar á Don César y podré llevarle á vuestra casa, en donde trataremos el asunto, que como vos decís, es de grave importancia.

—¿Y cuándo creéis vos encontrar á Don César?

—Quizá en esta noche misma, que me trajo en guarda á una jóven que ó porque no le agradó nuestra compañía, ó por lo que mejor le pareció, duró aquí poco tiempo, y sin despedirse siquiera, el dia menos pensado se desapareció.

—¿Fugóse?

—Sí, y Don César, que lo sabe ya, quizá venga esta noche á tratar de ello conmigo.

—¿Calculajs á la hora que debe de venir?

—Supongo que si viene no será ya mas tarde.

Se oyó en estos momentos llamar al zaguan.

—Quizá sea él—dijo Martin.

—Es casi seguro—contestó Teodoro—que á nadie mas espero.

En efecto, pocos momentos despues se presentó Don César; Teodoro le contó cuai to Martin le habia referido, y además el proyecto que tenian entre manos.

—Prudente me parece todo eso—dijo Don César—y debo advertiros que cuanto antes, es mejor que comenceis vuestra obra, porque Don Pedro se agrava dia á dia.

—Mañana mismo—contestó Martin—pero deseábamos consultar en esto vuestra opinion, para elegir el camino mas seguro.